

La Oración

Principios y aplicación



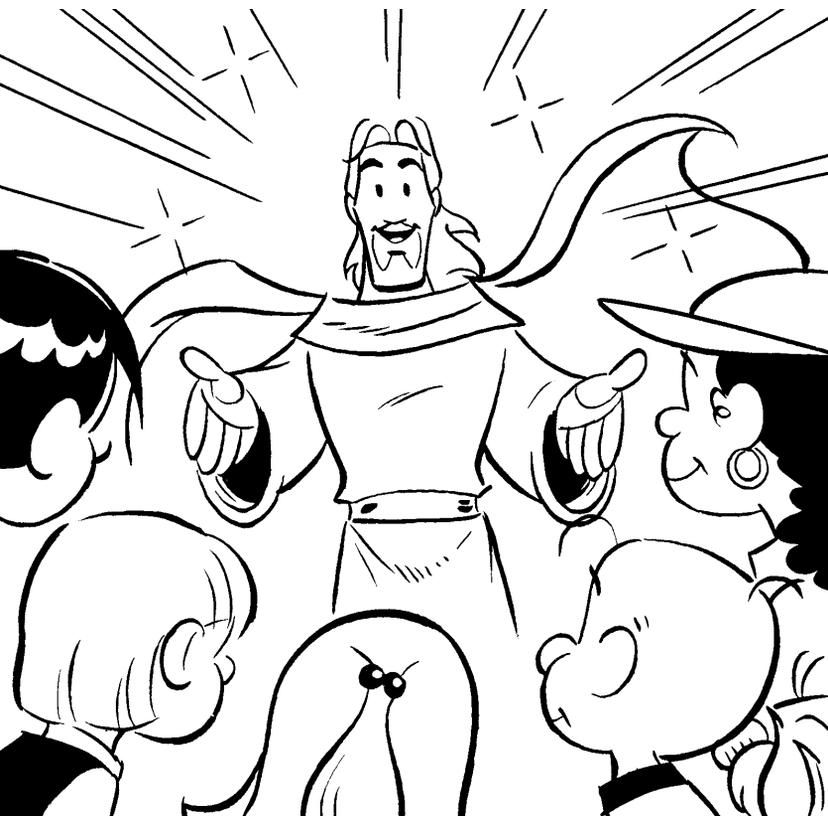
Primer tramo: Principios de la oración

Queremos dar comienzo a nuestro estudio sobre la oración sopesando nuestra relación con el Señor. La oración no es un ritual. La posición de nuestro cuerpo no tiene mayor importancia. Lo que cuenta es la posición de nuestro corazón. Cuando hablamos de la oración, nos referimos al vínculo y la comunicación que establecemos con el Señor, y los que Él establece con nosotros.

* Nuestro constante Compañero

Dios envió a Jesús al mundo para que por medio de Él, pudiéramos forjar una relación con el Creador. El concepto de Dios es demasiado grande, demasiado infinito para que lo podamos entender. No sabemos qué aspecto tiene. Nos cuesta visualizarlo porque se trata de un ente demasiado vasto.

Pero sí que podemos pensar en Jesús. Podemos comprender y visualizarlo porque Él cobró forma humana y vivió aquí en la Tierra.



Jesús vino para salvarnos por la eternidad, y también vino para ser nuestro compañero a lo largo de la vida. Podemos verlo como un Compañero constante que siempre está a nuestro lado y a Quien podemos acudir en busca de consejos y consuelo.

«Manuel, soy Yo, Jesús».

Se cuenta que cierto cura se empezó a preocupar de un viejo mendigo que todos los días a las doce del mediodía entraba a la iglesia y a los pocos minutos volvía a salir. ¿Qué intenciones podía tener?

Decidió informar al portero y le pidió que la próxima vez interrogara al anciano. Al fin y al cabo, en la iglesia había bastantes objetos de valor.

—Vengo a rezar —respondió el anciano al portero, cuando éste lo interrogó.

—Hombre, no me tome el pelo. Usted nunca se queda en la iglesia el tiempo necesario para rezar.

—Lo que pasa —continuó el andrajoso anciano— es que no sé hacer una oración larga, pero todos los días a las doce vengo y digo: «Hola, Jesús, soy Manuel». Espero un rato y luego me voy. Es una oracioncita nomás, pero yo creo que Él me escucha.

Poco tiempo después, cuando Manuel sufrió un accidente y fue hospitalizado, ejerció una estupenda influencia en los enfermos de su sala. Los pacientes quejumbrosos se volvieron alegres y con frecuencia se escuchaban risas en la sala.

—Manuel —le dijo un día la enfermera que lo atendía—, todos dicen que a usted se debe el cambio que ha ocurrido en la sala. Dicen que usted siempre está contento.

—Sí enfermera, es verdad. ¿Y cómo no voy a estar contento? Es mi Visitante, que todos los días viene a alegrarme la vida.

—¿Su visitante? —preguntó la enfermera confundida.

En los días de visitas siempre notaba que no había nadie en la silla del pobre Manuel, pues era un viejito solitario que no tenía familiares.

—¿Su visitante? Pero, ¿cuándo viene?

—Todos los días —respondió Manuel, al tiempo que se le iluminaba la mirada—. Todos los días a las doce del mediodía Él viene y se pone a los pies de mi cama. Lo miro; y Él me mira sonriente y me dice:

—Hola Manuel, soy Yo, Jesús.

Orar consiste en alabar, pedir y prestar atención

Ya hemos visto que la oración constituye nuestro vínculo con el Señor. El captar bien estos tres principios de la oración profundiza nuestra relación con el Señor: 1) alabanza, 2) petición, 3) prestar atención. Ya hablaremos más en detalle de ellos en las próximas clases, pero sucintamente podemos decir lo siguiente:

1. Alabanza

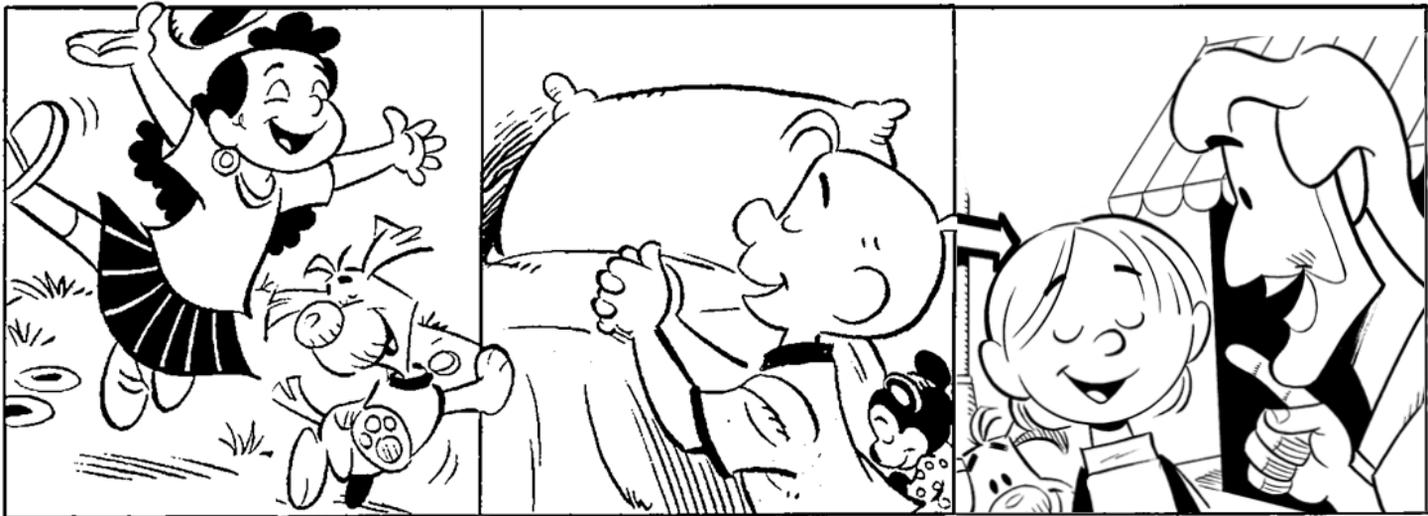
El Señor nos instruye repetidas veces a lo largo de Su Palabra en el sentido de que deberíamos venir ante Su presencia con acción de gracias y entrar en Sus atrios con alabanza. ¡Agradecemos y alabemos al Señor! Prodiguémosle la alabanza y el honor que se merece

Salmo 100:4. Entrad por Sus puertas con acción de gracias, por Sus atrios con alabanza; alabadle, bendecid Su nombre.

2. Petición

Después de agradecer al Señor lo que ya haya hecho por nosotros y lo que ya nos haya concedido, podemos orar por lo que todavía nos hace falta. Él nos insta a presentarle nuestras peticiones:

Juan 16:24b. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.



3. Prestar atención

Muchas personas conversan con el Señor pero en realidad se trata de un monólogo. Le hablan y le dicen todo lo que quieren, pero nunca le dan ocasión a Él de decirles algo. Eso sí, esperan que apruebe sus peticiones. Tal vez esperan hasta el final mismo para oír eso. Después de presentarle una larga lista, esperan que él la apruebe.

¡No debería ser así! Nuestra relación con el Señor también entraña que le escuchemos. Orar no consiste solamente en decir lo que nosotros queremos, sino más que nada en dejar que Dios nos diga lo que Él quiere, esperar en quietud y confianza hasta que nos responda. Si tomamos tiempo para escuchar a Dios, Él se tomará tiempo para resolver nuestros entuertos.

Marcos 4:2-3. Les decía en Su doctrina: «Oíd».

Marcos 7:14b. Les dijo: «Oídme todos, y entended».

* Concentrarse y visualizar a Jesús

Juan 4:24. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.

Cuando oramos, conviene pensar en el Señor y visualizarlo si podemos.

Procuren hacer a un lado todo lo demás, cualquier pensamiento que los distraiga. Si hacen un esfuerzo por concentrarse en el Señor, será menos probable que piensen en otras cosas o se distraigan al rezar, pues estarán pensando en Jesús. Isaías escribió:

Isaías 26:3. Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera, pues en Ti ha confiado.

Segundo tramo: 12 pasos para orar con eficacia

1. Adoptar una actitud de agradecimiento y alabanza

Antes de empezar a enumerar todas las cosas que les gustaría que Dios hiciera por nosotros, tomémosnos un rato para alabarlo y agradecerle todo lo que ya hecho por nosotros.

Filipenses 4:6. Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias.



2. Comenzar con un corazón limpio

Para poder tener fe en que el Señor responderá a tus plegarias hay que estar seguro de que las cuentas están claras entre tú y Él.

1 Juan 3:20-22. Si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y Él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él.

Si hemos obrado mal, lo que tenemos que hacer para enmendarnos es admitir nuestra culpabilidad, pedir al Señor que nos perdone y comprometernos a rectificar el asunto o reconciliarnos con los afectados. Una vez cumplido eso, el Señor es presto a perdonarnos y a escuchar y responder a nuestras oraciones.

1 Juan 1:9. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

Dios no nos exige perfección. Solamente nos pide que pongamos nuestra voluntad de Su lado; que con todo el corazón pongamos el máximo de nuestro empeño.



3. Orar para que se haga la voluntad de Dios

Cuando nos esforzamos al máximo por complacer al Señor, a Él le complace concedernos los deseos de nuestro corazón.

Salmo 37:4. Deléitate asimismo en el Señor, y Él te concederá las peticiones de tu corazón.

1 Juan 5:14-15. Esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye. Y si sabemos que Él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.

4. Anteponer las necesidades de los demás a las nuestras

Dios espera que recemos por los demás y no solo por nosotros mismos.

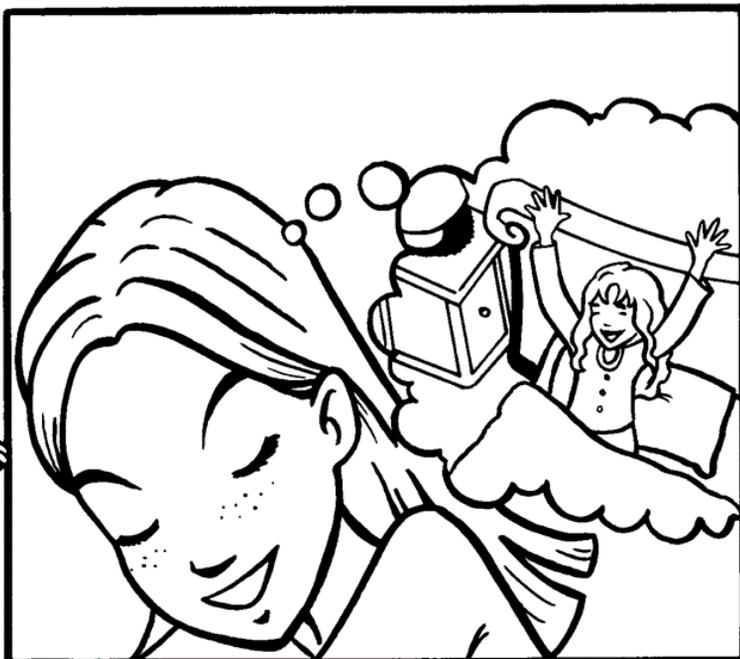
Job 42:10. Quitó el Señor la aflicción de Job, cuando él hubo orado por sus amigos; y aumentó al doble todas las cosas que habían sido de Job.

1 Tesalonicenses 1:2.

Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones.

Salmo 41:1.

Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo librá el Señor.



5. Ser concretos

Ser concretos en la oración garantiza que obtengamos respuestas concretas. Jesús quiere que seamos concretos en nuestras peticiones. Él nos pregunta:

Juan 15:7. «¿Qué queréis que haga por vosotros?» (parafraseado)

Las plegarias elevadas en forma vaga y generalizada normalmente son indicativas de una de tres cosas: O no está uno demasiado preocupado por el asunto; o no se sabe qué es lo que se quiere que el Señor haga; o, por último, no se tiene fe en que sea capaz de hacerlo. De modo que nos conviene ser tan claros y concretos como si estuviéramos firmando un cheque a cobrar en el Banco del Cielo. Llénalo con la cantidad exacta que quieres, hazlo a tu nombre o del de otra persona que lo necesite, ponle fecha y será tuyo.

6. Poner todo el corazón

Ni la extensión ni el número de nuestras plegarias revisten importancia. Lo que cuenta es la fe con que las elevamos.

Es cierto que Dios sabe de qué tenemos necesidad aun antes de que le pidamos, pero de todos modos, espera que oremos, pues eso demuestra que dependemos de Él, que lo necesitamos. Le complace que declaremos concretamente que tenemos fe en que responderá a nuestras oraciones. Dios quiere que demostremos interés y oremos por las cosas. Y cuando se trata de algo grave o importante, Él quiere que le pidamos asistencia con toda seriedad. Si nosotros nos despabilamos, Él hará lo propio.

Jeremías 29:13. Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.

7. Ejercitar nuestra fe

¿En qué consiste la fe? En tomarle la Palabra a Dios. Consiste en creer que cumplirá lo prometido. Si se tiene fe, poco importa si la lógica o la razón no apuntan en la dirección de lo que uno quiere; uno sabe que se cumplirá porque Dios lo prometió, ya sea que nuestra mente humana lo entienda o no.

Cuanto mayor es nuestra fe en la capacidad del Señor para responder a nuestras oraciones, mayores son las respuestas que obtenemos. Los dos ejemplos opuestos a los que hacemos referencia a continuación ilustran muy bien este principio:

Mateo 9:27-30. Pasando Jesús de allí, le siguieron dos ciegos, dando voces y diciendo: «¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!» Y llegado a la casa, vinieron a Él los ciegos; y Jesús les dijo: «¿Creéis que puedo hacer esto?» Ellos dijeron: «Sí, Señor». Entonces les tocó los ojos, diciendo: «Conforme a vuestra fe os sea hecho». Y los ojos de ellos fueron abiertos.

Sin embargo, en otro caso leemos que en cierta ciudad no hizo muchos milagros a causa de la incredulidad de la gente.

Mateo 13:58. Y no hizo allí muchos milagros, a causa de la incredulidad de ellos.

Así pues, queda bastante claro que la respuesta divina a nuestras oraciones está supeditada a nuestra medida de fe.

¿Cómo se fortalece el músculo de la fe? Se nutre con la Palabra de Dios y se ejercita a diario por medio de la oración.

8. Orar en el nombre de Jesús

Al venir a la Tierra a morir por nuestros pecados, Jesús se convirtió en nuestro mediador ante Dios, el Padre. La Biblia nos dice:

1 Timoteo 2:5. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.

Nos aproximamos a Dios por medio de Jesús.

Juan 14:6. Jesús le dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre, sino por Mí».

Sabemos que eso se aplica a la Salvación. Sin embargo, también es válido para la oración. Jesús les dijo en reiteradas ocasiones a Sus discípulos que orasen en Su nombre:

Juan 14:13–14. Todo lo que pidieréis al Padre en Mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en Mi nombre, Yo lo haré.

Juan 16:23b–24. Todo cuanto pidieréis al Padre en Mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.

Juan 16:23b–24. Todo cuanto pidieréis al Padre en Mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en Mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.



9. Invocar la Palabra de Dios

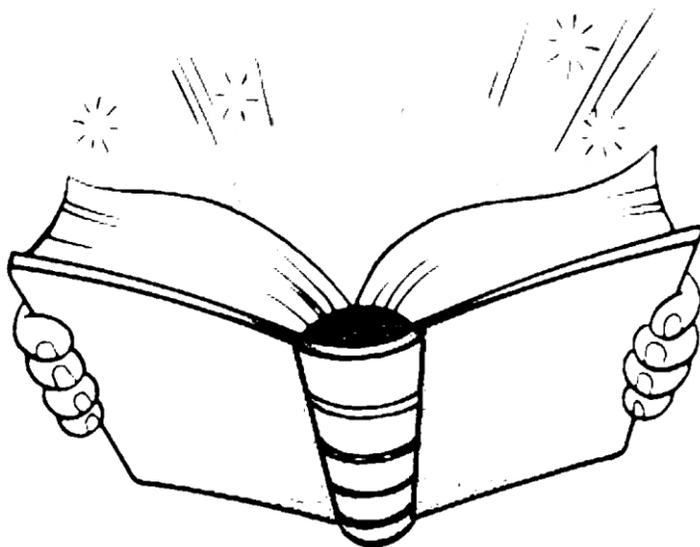
Cuando se ora conviene citar versículos e interpelar a Dios para que cumpla Sus promesas.

Dios tiene una bodega de tesoros inigualables y riquezas inagotables; todo lo que pudiéramos pedir o imaginar. En Su Palabra nos lo promete todo.

2 Pedro 1:4. Nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina.

Lo único que tenemos que hacer es reclamar o reivindicar esas promesas.

La Palabra de Dios es un contrato al que Él se ha ceñido. El primer paso es familiarizarse con los términos del contrato. Eso se hace leyendo Su Palabra. Luego, cuando oremos, Él quiere que le exijamos que cumpla esos términos. Al recordarle Sus promesas demostramos que tenemos fe en lo que ha dicho, que creemos que es capaz de hacer lo que le pedimos y que, en efecto, lo hará.



Naturalmente, el contrato también contiene cláusulas que debemos cumplir. Muchas de las promesas divinas son condicionales.

1 Juan 3:22. Y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él.

Para poder reclamar Su promesa de darnos «cualquiera cosa que pidiéremos», debemos hacer todo lo posible por guardar Sus mandamientos y complacerlo. Al cumplir nosotros con nuestra parte del trato tenemos todo el derecho de reclamar lo que Su Palabra nos otorga.

Conviene memorizar unos cuantos versículos clave que podamos invocar cuando oremos. En nuestro momento de necesidad nos fortalecerán muchísimo la fe. Además de los versículos que hayamos memorizado, también podemos invocar Escrituras simplemente leyéndolas.

A continuación reproducimos algunas promesas que muchos hemos tenido por favoritas a lo largo de los años:

- Juan 15:7. Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho.
- Marcos 9:23. Jesús le dijo: «Si puedes creer, al que cree todo le es posible».
- Jeremías 33:3. Clama a Mí, y Yo te responderé, y te mostraré cosas grandes y ocultas que tú no conoces.



10. No dar lugar a las dudas

Santiago 1:6-7. Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor.

Se dice que hay dos tipos de cristianos: los que oran y realmente esperan que suceda algo; y los que rezan sin esperar que ocurra nada. ¡Hay que aceptar que Dios ya respondió antes de ver siquiera la respuesta!

Marcos 11:24. Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.

11. Darlo por hecho

Toda oración que esté en consonancia con la voluntad de Dios y que sea conforme a lo que Él quiere y sabe que es mejor para todos los afectados, será respondida —desde la perspectiva divina— antes de que se la haya concluido siquiera.

Isaías 65:24. Y antes que clamen, responderé Yo; mientras aún hablan, Yo habré oído.

Puede que no nos responda exactamente conforme a nuestras expectativas, o que no veamos la respuesta enseguida, pero Dios habrá dado inicio al proceso para que esa oración sea respondida en el momento que considere más oportuno, siempre y cuando armonice con Su voluntad. De modo que una vez que le hemos presentado nuestra petición al Señor, es hora de afirmarnos en la fe. Debemos confiar en que la respuesta está en camino y creer que si hemos cumplido con nuestra parte del trato, el Señor hará lo propio, aunque a veces demore un poco. ¡Tenemos que darlo por hecho!

Qué hacer cuando no se ve que Dios responda

Por qué algunas oraciones son respondidas antes que otras, y por qué da la impresión de que algunas no son respondidas? Hay muchos motivos. Dios siempre responde nuestras oraciones, pero no en todos los casos lo hace enseguida ni de la forma en que esperamos. A veces nos dice que sí, otras que no, y en otros casos nos pide que esperemos. Cuando te parezca que tus oraciones no son respondidas, hazte las siguientes preguntas:

¿Tengo la plena certeza de que aquello por lo que ruego es también lo que quiere Dios?

Dios no responde algunas oraciones de la forma que queremos o esperamos porque sabe que lo que le pedimos en realidad no nos conviene a nosotros o a otras personas. La Biblia nos advierte que si nuestro corazón no es puro o nuestros móviles son egoístas, el Señor quizá no nos conceda lo que le pedimos

Santiago 4:3. Aun cuando se lo piden, tampoco lo reciben porque lo piden con malas intenciones

A veces Dios no responde a nuestras oraciones porque nos tiene reservado algo mejor. Dios da lo mejor de lo mejor a quienes dejan sus decisiones en manos de Él.

¿He cumplido con lo que me corresponde, es decir, he acatado las instrucciones que me ha dado el Señor?

La fe y la obediencia vienen primero; luego Dios responde la oración. Si hacemos lo que esté a nuestro alcance para propiciar el resultado deseado y nos esforzamos al máximo por obrar bien y complacer al Señor —es decir, si lo amamos a Él y a los demás,— podemos tener la plena confianza en que nuestra oración será respondida.

¿Será que el Señor está poniendo a prueba mi fe?

A Dios le agrada que sigamos adelante por fe, aun cuando parezca que no responde nuestra oración. A Él le complace la fe que se niega a darse por vencida, la que sigue adelante cualesquiera que sean las circunstancias. Le gustan las personas que no dejan de creer que se producirá el resultado esperado, simplemente porque Él lo ha dicho.

Una buena ilustración de ello es el caso de Abraham en el Antiguo Testamento. El patriarca contaba unos 100 años y todavía no tenía heredero. Dios prometió que su esposa Sara concebiría un hijo, pese a sus más de 90 años y a que hacía ya mucho que había pasado la edad fértil. Pero Abraham insistió en creer en la promesa de Dios no obstante las escasísimas probabilidades que le presentaba la situación. Como consecuencia, Dios cumplió lo prometido, y milagrosamente Sara concibió y dio a luz un hijo, Isaac, el cual se convirtió en el padre de la nación judía.

Romanos 4:19-22. No se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia.



¿Se propone el Señor enseñarme a tener paciencia o algún otro principio espiritual?

La naturaleza humana es tal que nos acercamos más a Dios cuando necesitamos algo de Él. A Él le complace atender nuestra necesidad, pero a la vez es sagaz y aprovecha esos momentos en que cuenta con toda nuestra atención para enseñarnos cosas que estrechen nuestra relación con Él y hagan de nosotros mejores personas. La paciencia es una de las virtudes que más frecuentemente procura enseñarnos. Puede que además nos quiera enseñar a ser más amorosos, más humildes, más constantes en la oración o cualquier otra lección de vida que nos haga falta. En ese caso, una vez que hayamos aprendido lo que trata de enseñarnos, responderá nuestra oración.

12. Dar gracias a Dios por la respuesta

Es igual de importante concluir nuestras oraciones con alabanza y acción de gracias como lo es comenzarlas de esa misma forma.

Así como somos concretos con Dios a la hora de pedirle cosas, debemos ser igual de concretos a la hora de agradecerle lo que nos ha concedido. Debemos manifestar la misma medida de entusiasmo al agradecerle que la de fervor al plantearle nuestras peticiones. Si realmente creemos que Dios ha oído y respondido nuestra oración, no tenemos que esperar a verla plasmada; se lo agradecemos por fe.



> Sinopsis de los 12 pasos

- Adoptar una actitud de agradecimiento y de alabanza.
- Comenzar con un corazón limpio.
- Orar para que se haga la voluntad de Dios.
- Anteponer las necesidades de los demás a las nuestras.
- Ser concretos.
- Poner todo el corazón.
- Ejercitar la fe.
- Orar en el nombre de Jesús.
- Invocar la Palabra de Dios.
- No dar lugar a las dudas.
- Darlo por hecho.
- Dar gracias a Dios por la respuesta.

Jesús...

Gracias por comprender lo que albergo en el corazón. Te agradezco que no tenga que preocuparme de si me vas a entender. Cuando no logro hablar con claridad y titubeo, o cuando no hallo las palabras precisas para expresar lo que en verdad quiero decirte, agradezco que simplemente pueda echarme en Tus brazos y que Tú le encuentres sentido a lo que digo. Te doy gracias porque ni siquiera tengo que emplear siempre palabras. Tú entiendes todo lo que intento decirte cuando me desahogo contigo.